

Escrito por: PuntoH

Resumen:

Un ángel desbordado de Helena, sintió su esencia pura de hembra engrifada que lo cegaba de placer, aquella que tantas veces soñó; tener solo para él.

Relato:

Los meses transcurrieron con una prisa que a penas le dejaba tiempo para fijar sus ojos. Había conocido a un ángel en la universidad y cuando volvió a verlo hace unos meses atrás pensó que los años no habían pasado por él; que se mantenía firme y ligero, como lo recordaba; con esa osadía al abordarla que le encantaba y que la dejaba esperando otra incisiva y encantadora arremetida de aquel hombre de rasgos intensos dulces y fuerte. Él la había buscado un par de veces, sin tener buenos resultados. Después dejó de hacerlo, pensando que ella estaba fuera del país, por que en algún tiempo esos habían sido sus planes. Ella, por su parte, no había hecho ningún intento para buscarlo antes de saber que estaba en la boda de Teresa una amiga en común de ambos. Fue entonces en que su recuerdo se vino a su mente de forma insistente. Sería que él aún me recuerda, se preguntó, mientras compartía un café con Teresa, que había tocado el tema de los invitados a la boda, agregando que era probable que un ángel viniera. Por unos momentos su evocación la llevó hacia otros senderos, ya más cercanos e íntimos. Fijó sus ojos en la ventana, mientras su amiga seguía dando detalles de los preparativos del evento. Comenzó a recordar su forma de besarla, de envolverla; la forma en que él la hacía sentir; sintiendo como algo tan lejano se hacía tan presente en ella. De aquellos alucinantes orgasmos adolescentes llenos de inocencia; la inexperta de los años, pero con la fuerza de un deseo naciente y colmado de la magia de la juventud. Desde ese día él no dejó de estar ni un solo instante fuera de su mente. Y comenzó a imaginar mil veces como sería ese momento de volver a tenerlo ante ella. Helena una mujer madura, con logros en muchos planos de su vida; un matrimonio perfecto con un destacado abogado de la ciudad; con un esquema tan lógico y racional que la habían el prototipo de mujer que de tantos premios que había cosechado durante su vida intimidaba a la hora de una conversación más íntima y cercana. Si, esa era ella para los que veían en sus logros el reflejo de su madre y los exigentes cuidados que su padre le propiciaba desde pequeña. Si era ella tan plena y feliz para el mundo, tan bella y llena de éxitos; con una vida que cualquiera querría para sí. Sin embargo, en ese esquema y en esa imagen;

ella era posible ver esos ojos
sordos. Esos que cuando los fijaba en un lugar, la
llevaban a un espacio tan íntimo y lejano que era difícil de
alcanzarla. Porque quedarse así de pegada la hacía salirse
del ahora; se decía para sí: tengo la franquicia porque
pegué mis ojos y ya no salgo por unos buenos segundos de
aquí, me quedo y viajo. Como no usar ese recurso
para escabullirse, si eso era el pasaje a un
territorio hacia otra dimensión; una en la que volaba lejos
del pavimento ruidoso y de las voces llenas de esquemas burgueses
de cómo vivir la vida. Si esa era ella, esa era su imagen, solo
que se había olvidado de mirarla y mostrarla al mundo.
O más bien la que había aprendido a ocultar sin saberlo.
Así pasaron los meses, entre el ir y venir de los
días llenos de actividades y deberes. De vez en cuando uno
que otro momento de placida calma, en el que se refugiaba
para mirar su alma y bucear dentro de sí misma buscando un algo
que la hiciera sentirse plena y en armonía. Y ahí volvió
a su mente el juego de pensarlo y deseárselo como
nunca había deseado a un hombre; y se dejaba inundar de
ese viaje de ensueño hacia lo más interno en
conexión con aquel hombre que recordaba era su
perfecto complemento y que el paso de los años casi
había terminado por borrar. Sabía muy bien que desde
que consideraba la posibilidad de volver a verlo, el buscar
retazos de esa su historia dentro de ella esa era su forma de
refrescar sus días, de oxigenar su mente en los momentos
que se hacían más eternos y que cada vez
languideaban más por la rutina de una vida en calma y
sin turbulencias, en formato digital de mujer moderna que
había cumplido con las expectativas de todo y de todos
durante tantos años. Terminaban los días de
mayo con un sol tibio y con la frescura del viento otoñal. Todo
seguía el ritmo usual de cada día, el camino a casa
era un asunto de habitual, con chispas de medas en el aire
y la acostumbrada fragancia marina. Siempre ella pensando en lo
que debía llegar a preparar para mañana,
viviendo por adelantado, con prisa, anticipando las tareas para
que el tiempo le dejara una tregua para hacer algo distinto. Entre esta
habitualidad, por momentos todo aquello se diluía ante
sus ojos y subía a su nube de antaño
para recordar los días plenos de esa su historia;
la que ambos habían escrito hace ya tantos años.
Helena ensayaba de vez en cuando las
imágenes que había pintado para la ocasión;
desde el vestido que usaba hasta la forma de caminar hacia
adelante. Si hasta imaginaba sus zapatos deslizándose por
la calle con el sonido cadencioso de aquellos tacos sencillos y
sutiles. Recordaba a cada instante la forma en cómo
ella solía mirarla: una mezcla de dulzura y
deseo, esa forma mágica de hacerla sentir delicada y
deslumbrante al mismo tiempo. Esa era la misma forma que a
ella le hacía perderse en esas sus ganas de tenerla,

siempre mirando sus labios, atrapado del sabor intuido que él buscaba en su boca. Y siempre fue desde que se conocieron, de ese modo ella no podía ir más allá, se quedaba inmóvil ante sus ojos, como esperando que Ángel diera el primer paso, eso la invitaba a sumergirse en sus fantasías de las tantas veces que estuvo con él en sus sueños desde que supo que vendría nuevamente a su vida. Ese día Helena se despertó muy temprano, su marido estaba fuera de la ciudad desde hace una semana, es que no la acompañaría al evento: justo escenario para vivir intensamente aquí. Todo estaba dado para ir a ese encuentro con Ángel. Había dejado todo listo para ir a la ceremonia y había previsto cada detalle de su atuendo matrimonial. Ya casi al filo de la hora de partir se dio un último vistazo y arregló su escote mirando como lucían sus pechos en el espejo. Se alejándose a sí misma, cual asesora de imagen, lo elegantemente insinuantes de lucir. Enseguida le dio un vistazo a la línea trasera de las medias negras en sus piernas. Las tocó como insinuándose a sí misma, como invitando a su cuerpo a conectarse con su libidinal esencia. De pronto se sorprendió tocando sus muslos y llegando hacia su pubis ansioso, se dejó llevar por su autoprovocación, la que dejó fluir sin censura. Plácida y un tanto nerviosa salió de casa y manejó con mucha calma hasta la iglesia. No quería llegar muy antes para evitar los saludos parsimoniosos de los invitados que no conocía lo suficiente como para entregar un cálido y cercano abrazo. No llegar antes que él, también era una razón para demorar el paso. Prefería ser ella la que lo buscara entre todos los invitados con deliciosa inquietud y avidez. La ceremonia estaba a punto de comenzar y Ángel aún no se hacía presente. Un tanto inquieta comenzó a revisar su celular como buscando un refugio para no mirar la iglesia y darse cuenta que él no estaba. De pronto sintió una mirada sobre ella y de reojo lo vio a su derecha, saludando suave y formalmente. Todo en silencio al escuchar las palabras del sacerdote que se escuchaban con un eco ceremonial. En esos momentos el sonido de las voces estuvo ausente, solo mirarlo y quedar asida a su voz, a sus gestos, al sabor intuido de tu boca, y ser cautiva del imaginado juego de sus manos. Así los minutos se hicieron eternos. Una vez terminado el ritual religioso y los saludos protocolares de todos, Helena y Ángel se saludaron con afectuosidad y nostalgia. Casi no cruzaron palabras, solo un intenso abrazo y un cálido cmo estas, te ves bien enmarcado su encuentro. Helena se quedó con la desconcertada sensación de que sus fantasías solo se quedarían en eso; un nos vemos en la fiesta fue lo último que se dijeron en las puertas de la iglesia. Una inusual sensación de vacío la invadió, sintió que todo lo que había imaginado todos estos

meses solo estaba en su cabeza, que había creado todo en sus propios sueños, pero que nada de todo lo que imagin&ocute; y soñ&ocute; escribiría ahora una nueva historia. De un momento a otro, en el desconcierto de esta realidad que la invadi&ocute;, resueltamente y sin mas ni mas Helena se rearm&ocute; como mil veces lo había hecho. Su racionalidad y objetividad tom&ocute; las riendas de la situaci&ocute;n para evitar desmoronarse ante el evento. Por unos minutos ese fue el plan de acci&ocute;n y así se convenci&ocute; de aquello. Después de un rato, camino al estacionamiento, Helena se qued&ocute; fija y pegada en sus zapatos y de pronto, sin previo aviso, él con su presencia intensa la envolvi&ocute; nuevamente, el auto se acercaba y se detuvo ante ella, una mirada hacia el interior y esos ojos negros perturbantes de Ángel la llenaron por completo. Ninguna palabra, solo la suavidad de la puerta que se abri&ocute;. Helena entr&ocute; y ambos se quedaron por unos segundos sin decir una sola palabra. Ángel rompi&ocute; el silencio: “Te llevaré a aquel lugar”, le dijo con voz decidida. Ella sabía perfectamente donde iban. Ese escenario que él le había prometido visitar juntos, los esperaba con su eterno vaivén de mar y bosque. Luego de unos buenos minutos de camino y de una conversaci&ocute;n intensa entre nostalgias del pasado y descubrimientos del presente. Helena, ya no esper&ocute; como antes, y decidida, arremeti&ocute; con un doblez sutil de su voz, que esperaba que él entendiera. Como efecto de un giro del auto, arrim&ocute; suavemente su pierna sobre su rodilla, mir&ocute; sus ojos con sutileza imaginando ya sus manos sobre ella. Por su parte, él se inmiscuía en su mente, intuyendo los abismos de sus piernas ansiosas por donde súbitamente comenz&ocute; a deslizar su mano mientras conducía. Ambos asidos a ese soñado encuentro quedaron a merced de la seducci&ocute;n que en plena majestad los envolvi&ocute; como una corriente electrizante, como un viento que los derribaba a cada metro del viaje. De pronto ya era imposible seguir al volante y el auto se detuvo en un abandonado camino cercano a la playa. Aquellos ojos se ataron con tal fuerza que nada podía perturbar el momento. Por algún instante, ella lo mir&ocute; así desde su balc&ocute;n, como lo había imaginado tantas veces: perturbado por su acto insinuante, un frígil momento que Helena disfrut&ocute; al míximo: si era precisamente así como quería tenerlo desde hace mil años, asido a ella, preso de tus labios y perdido en sus besos. Sabia que ese instante se quedaría eternamente en su mente y quería guardarlo en esas fotografías que uno vuelve a mirar miles de veces por que nos atan a momentos intensos. Las palabras se transforman en deliciosas enredaderas de provocaci&ocute;n; en ese espacio todo era tan vílido que aún sin pensarlo Helena susurr&ocute; unas cuantas veces: “mira como te

siento, aquí; conmigo estás, te esperas; tanto tiempo y ya estas, sigue así; tocándome como lo imaginé; tantas veces; Era ese el momento; de esos cuerpos que se habían deseado por tanto tiempo, un sublime sentir de dos seres que como niños jugaron a amarse sin inhibición. Ángel asido; envuelto entre su osada mirada y su boca que jugaba; a deslizarse por su piel, la tomé; intensamente de la cintura, la acerqué; hacia él con decisión y dulzura; sin dejar de mirarlo a los ojos ella lo envolvió; con un beso intenso, profundo y húmedo. Sus cuerpos; en movimiento y ya casi despojados de las elegantes ropas, propias de la ocasión; fueron la danza de las olas, las de esa playa cercana que los esperaba; por tanto tiempo. Suavemente él la recorre con sus manos hasta detenerse con su boca en sus pechos erizados enmarcados por su pelo ondeante y perfumado. Los adorna con sus dedos y se sumerge en la plenitud de su femineidad. Helena devora sus muslos envueltos entre sus piernas que de repente; pasaron a ser una carne; delicada e infranqueable. Como no alucinar con tener así; susurrando; aquel amante ansioso, como no soñar; así; pegado a mi respondiendo; la amada presa de su extenuante sentir. Ya en un instante ella sobre su dorso viril y desnudo, sintiendo su intensa forma de llevarla hacia el placer máximo de sentirlo tan dentro de ella. Ángel desbordado de Helena, sintiendo; su esencia pura de hembra engrifada que lo cegaba de placer, aquella que tantas veces soñé; tener solo para él, no compartida, no en silencio, era ella que ahora lo atrapaba con su ser infinito de mujer. Cada espacio de placer los transformaba. Como he llegado a desearte tanto; confesando; ante Ángel que invadido por la instintiva pulsión de penetrarla a cada instante y de mil formas no hacía nada más que escuchar su cuerpo anhelante y jadeante de aquella mujer de su historia. Así; Asido; de entregados al albedrío de sus cuerpos, las horas pasaron interminables y se amaron una y mil veces, sin importar el tiempo, ni los espejos de esa vida allí; tan lejos de esa soñada playa. Esa conexión fue de pronto; un viaje hacia el deseo, un juego eterno que ansiaron por tanto tiempo. Juguetearon con el pudor; fantaseando con la provocación y despertaron a un sentir que ya creían olvidado en las murallas infranqueables de la rutina insensible que envuelve a todos sin consideración alguna. Ya llegaste, ya estoy, ya me tienes, ya eres infinitamente mía, me tienes, cautivo entre tus brazos me quedo, ya no me dejaras ir, dijo Ángel casi como una confirmación. Un viaje perfecto de ambos fuera de las murallas grises de cada día. Saltaron sobre ellas y derribaron su propia conciencia, se atrevieron a ser ellos puros y honestos en una aventura deliciosamente atrevida que los dejaba agotados de tanto sentir, de tanto estar el uno para el otro. Ya nada será; igual, ya nada será; lo mismo, con su voz arrebatada y suave de siempre Ángel le dijo: Quieres andar por la tierra si puedes

